

Castelao: República, Guerra Civil y exilio.

Castelao: Republic, Civil War and exile.

Justo Beramendi

Universidade de Santiago de Compostela

Resumen: Este artículo versa sobre la figura del principal líder político del nacionalismo gallego, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao. Con trayectoria vital se trasluce otros aspectos, como la lucha por la autonomía, las relaciones políticas durante la República y el exilio. El nacionalismo gallego a principios del siglo XIX se dividía ideológicamente entre un ala democrática y filorrepublicana y otra católico-tradicionista que fueron muy fecundos en la elaboración discursiva y en la promoción de un segundo *rexurdimento* lingüístico y cultural, pero ineficaces en lo organizativo. Por esto, en las elecciones a Cortes Constituyentes de 28 de junio de 1931, se presentaron dos candidaturas distintas. En una de ellas estaba Castelao, que se convirtió en el principal líder político del nacionalismo gallego durante la República, así como un referente cultural. Bajo su influjo se presentaron bajo las siglas del Partido Galleguista en siguientes elecciones. Castelao comprendió que tenía que resignarse a aceptar un Estado Integral que establecía la Constitución de 1931, que no era sino una república unitaria en la que cabía la posibilidad de una autonomía limitada para aquellas “regiones” que demostrasen una fuerte vocación autonomista y olvidarse de objetivos más ambiciosos. También supo darse cuenta que esto solo lo podría conseguir de la mano de los partidos de izquierda, a pesar de que muchos nacionalistas no estaban de acuerdo con una unión con el Frente Popular. Pero la rebelión militar iniciada el 18 de julio bloqueó la tramitación parlamentaria y a la postre haría imposible la instauración efectiva de las instituciones autonómicas previstas. Su final fue la resistencia en el exilio y un legado político y cultural que sería recogido cuarenta años más tarde.

Palabras clave: nacionalismo gallego, Castelao, Estatuto de Autonomía, guerra civil, exilio

Abstract: This article deals with the figure of the main political leader of Galician nationalism. The analysis of Castelao's life reveals aspects such as the struggle for autonomy, political relations

during the Republic and exile. Galician nationalism at the beginning of the 19th century was divided ideologically between democratic and republican and traditionalist Catholics. It was a very fruitful moment in the discursive elaboration and in the promotion of a second linguistic and cultural "rexurdimento", but ineffective in the organizational aspect. Therefore, in the elections to Constituent Cortes of June 28, 1931, two different candidates were presented. In one of them was Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, who became the main political leader of Galician nationalism during the republic, as well as a cultural reference. Under his influence, the whole of nationalism was presented under the initials of the Galician Party. Castelao understood that he had to accept an Integral State as a unitary republic with the existence of political autonomy in some "regions". For that, he had to forget more ambitious political objectives. He also knew that this could only be achieved by the parties of the left, despite the fact that many nationalists did not agree with a union with the Popular Front. The military rebellion that began on July 18 blocked the parliamentary process and made the effective establishment of autonomous institutions impossible. Its end was the resistance in exile and a political and cultural legacy that would be collected forty years later.

Keywords: Galician nationalism, Castelao, Statute of Autonomy, civil war, exile.

Para citar este artículo: Justo BERAMENDI: "Castelao: República, Guerra Civil y exilio", <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 179-195.
--

Recibido: 15/12/2017

Aprobado: 23/02/2018

Castelao: República, Guerra Civil y exilio.

Justo Beramendi

Universidade de Santiago de Compostela

Los precedentes

Para entender bien la trayectoria de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao (Rianxo, 1886 – Buenos Aires, 1950) en los años treinta y cuarenta del siglo XX conviene tener en cuenta la naturaleza del nacionalismo gallego en el que militó desde el principio. Nacido ese nacionalismo en 1916-1918 con las primeras Irmandades da Fala por evolución del regionalismo decimonónico previo, había definido su programa en la I Asamblea Nacionalista (Lugo, noviembre de 1918). Allí, aparte de proclamar colectivamente por primera vez que Galicia es una nación por su singularidad lingüística, étnica e histórica, nación oprimida y expoliada por un Estado español centralista al servicio de Castilla, se esbozó el conjunto de reivindicaciones que derivaban de tal condición nacional y de la voluntad de superar el atraso socioeconómico, la postergación pública de su identidad y las graves carencias democráticas del sistema de la Restauración. Los puntos principales de ese programa¹ eran:

- a) la “autonomía integral” para Galicia, lo que implicaba un Estado gallego dentro de una Federación Ibérica de diseño pimargalliano en lo relativo a la distribución vertical de la soberanía, es decir, un Estado dotado de parlamento y gobierno propios y con poder exclusivo en las siguientes materias: administraciones públicas; poder judicial completo presidido por un tribunal supremo gallego de última instancia; régimen tributario con total soberanía fiscal, ya que el sostenimiento de la Federación se haría por el sistema de concierto entre los Estados federados; régimen bancario y crédito agrícola, «pol-a función social que oxe teñen os bancos»; agricultura, industria y comercio; policía y orden público; legislación social, salvo en los casos en que los problemas sociales fuesen compartidos por las naciones federadas; derecho foral gallego recuperado; comunicaciones internas (correos, telégrafos, carreteras, puertos e unos ferrocarriles “nacionalizados”); educación a todos los niveles y cultura. Por exclusión, a la Federación solo le competirían la legislación sobre derechos fundamentales, los códigos, las relaciones exteriores, las fuerzas armadas, la moneda, la regulación del mercado y de los mecanismos económicos básicos y las relaciones y conflictos entre las naciones federadas.
- b) la instauración de una democracia representativa auténtica, incluido el voto femenino entonces no reconocido, y la consiguiente erradicación del caciquismo y del fraude electoral;
- c) un sistema de partidos con predominio de los exclusivamente gallegos;

¹ *Ao pobo galego. Manifesto da Asambleia Nazonalista de Lugo*. Lugo, 18 de noviembre.

- d) la normalización social de la lengua y la cultura autóctonas mediante, entre otras medidas, la cooficialidad del gallego y su incorporación a la enseñanza;
- e) la galleguización del funcionariado;
- f) la reforma de la administración local con supresión de las diputaciones provinciales y los ayuntamientos rurales (sustituídos por parroquias y entes comarcales) y la instauración de la autonomía municipal en los ayuntamientos urbanos;
- g) un sistema tributario centrado en los impuestos directos progresivos y no en los indirectos;
- h) la sustitución del proteccionismo por el librecambismo;
- i) la eliminación del foro y el acceso del pequeño campesino a la propiedad plena de la tierra;
- j) el desarrollo agropecuario y agroindustrial con ayuda del cooperativismo y de una banca pública;
- k) la mejora sustancial de las infraestructuras terrestres y marítimas; y
- l) la elevación del nivel de vida de las clases populares, especialmente del campesinado, con la consiguiente disminución drástica de la sangría migratoria.

Este nacionalismo naciente, ideológicamente dividido entre un ala democrática y florrepblicana y otra católico-tradicionalista, fue muy fecundo en la elaboración discursiva y en la promoción de un segundo *rexurdimento* lingüístico y cultural, pero muy ineficaz en lo organizativo.² La acción política de las Irmandades, cuya estructura estaba a medio camino entre la asociación cultural y el partido político, fue bastante consistente en el ámbito de la propaganda (mítines, conferencias, boletines, octavillas) pero muy débil y errática en el campo electoral por culpa de las discrepancias tácticas entre esos dos bandos ideológicos, lo que frenó su crecimiento. Con un techo de unos 700 afiliados en los mejores momentos, sus efectivos se repartían en unos quince grupos locales (aparte de los de Madrid, La Habana y Buenos Aires), casi todos poco numerosos y no muy bien organizados, con excepción del de Coruña en el que se concentraba la mitad del total y era el único capaz de sostener un periódico (*A Nosa Terra*, portavoz del movimiento), un amplio local y multitud de actividades.

Para colmo de males, las tensiones internas desembocaron en una escisión en la IV Asamblea Nacionalista (Monforte, 1922). Por un lado, quedó la Irmandade de Coruña y un par de grupos menores. Por el otro, el resto de las agrupaciones, que formaron la Irmandade Nazionalista Galega, contraria a participar en las elecciones, sobre todo si había que hacerlo en alianza con los republicanos, pero con vocación de formar un auténtico partido, muy jerarquizado y muy nacionalista. El golpe de Estado que encabezó el 13 de septiembre de 1923 el general Miguel Pri-

² Los dirigentes e ideólogos principales del ala demócrata fueron Antón y Ramón Villar Ponte, Lois Porteiro, Xan Vicente Viqueira y Lois Peña Novo y, ya en los años treinta, Alfonso R. Castelao y Alexandre Bóveda. En el sector católico-tradicionalista destaca la figura de Vicente Risco, el teórico mayor del movimiento en los años veinte, junto a las de Ramón Otero Pedrayo y Xosé Filgueira Valverde en la década siguiente. Para un análisis completo de las ideologías y programas del nacionalismo gallego anterior a la Guerra Civil, vid. Justo BERAMENDI: *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Vigo, Xerais, pp. 469-644.

mo de Rivera desde la Capitanía General de Cataluña y la dictadura consiguiente acabaron con el experimento cuando daba sus primeros pasos. Sólo sobrevivió, aunque muy disminuida, la Irmandade da Coruña. En suma, la incidencia del naciente nacionalismo gallego sobre la dinámica política del país fue prácticamente nula en el tramo final de la Restauración.³

En esta primera etapa del nacionalismo gallego, Castelao, licenciado en Medicina pero que había abandonado pronto la práctica médica para ser funcionario de la Delegación de Hacienda y profesor de Dibujo en el Instituto de Pontevedra, fue un militante destacado de las Irmandades que asistía a sus Asambleas y participaba en algún mitin pero nunca ocupó primeros puestos de responsabilidad política ni ejerció de teórico del movimiento. Su función era otra: ser *o noso xenial artista*, la persona que contribuía con sus caricaturas, dibujos y exposiciones a la popularidad de los irmandiños. Ni por formación ni por vocación era Castelao un ideólogo. Acostumbrado a captar y representar realidades, problemas y sentimientos muy concretos, no era muy dado a los conceptos teóricos ni a las formulaciones abstractas. Por supuesto los usaba, pero siempre tomados de otros. En cambio, tenía una gran capacidad para adoptar en cada momento la posición política más coherente con los objetivos principales que perseguía. Por eso en los momentos decisivos se guió siempre, no por las teorías, sino por los imperativos de justicia o de eficacia coyuntural, por aquello que reclamaba cada situación para la mejor defensa de las libertades y el progreso del pueblo gallego, y muy en especial de sus clases trabajadoras. De aquí que, mientras en el plano ideológico asumía a veces elementos contradictorios entre sí, en el plano político su actuación fue siempre rectilínea, aunque eso supusiese en la práctica negar algunos de esos elementos o por lo menos las consecuencias políticas de ciertas ideas.

Por supuesto entre los ingredientes ideológicos que nunca negó ni en la teoría ni en la práctica estaban los que se expresaban en el programa de las Irmandades que hemos resumido *ut supra*. Aun así se percibe en su pensamiento de estos años la presencia de ideas de origen tradicionalista que, en todo caso, ocupaban una posición subordinada como guías de su conducta política. La gran autoridad teórica que ejercía entonces Vicente Risco sobre el conjunto de las Irmandades⁴ y la poderosa influencia personal de Antonio Losada Diéguez⁵ sobre Castelao desde 1919 por su estrecha relación personal en Pontevedra hicieron que en esos años diese un gran valor a la tradición para algunas cosas, desde la propia concepción de la nación gallega a la valoración negativa de las vanguardias artísticas, como se pone de manifiesto en su *Diario*.⁶ Pero ya en esta primera etapa, un examen atento de las actitudes de Castelao revela diferencias muy hondas entre

³ Una descripción pormenorizada de la ejecutoria política y cultural de las Irmandades entre 1916 y 1931 en Ibídem, pp. 428-468 y 645-772) y Emilio INSUA: *A nosa Terra é nosa! A xeira das Irmandades da Fala (1916-1931)*, A Coruña, Baía Edicións.

⁴ Para una aproximación a la evolución del pensamiento de Vicente Risco, vid. mi estudio introductorio a la edición crítica de su *Teoría do nacionalismo galego*, edición crítica de Justo Beramendi, Santiago, Sotelo Blanco, 2000 [1920].

⁵ Antonio LOSADA DIÉGUEZ, *Obra Completa*, ed. de J. Beramendi, estudios introductorios de Luis Losada, Justo Beramendi, Xosé Filgueira y Ramón Villares, Vigo, Ed. Xerais, 1985.

⁶ Alfonso Daniel R. CASTELAO, *Diario 1921. Viaxe a Francia, Bélxica e Alemaña*, ed. facsímil de Xosé Filgueira Valverde, Pontevedra, Diputación de Pontevedra, 1986 [1921]

su sistema de valores y el de los verdaderos tradicionalistas. Para detectarlas hemos de recurrir sobre todo al análisis de los contenidos de sus dibujos, pues estos constituían entonces su principal forma de expresión. En primer lugar, lo que en un Risco o un Losada era hostilidad manifiesta a todo lo que viniese de fuera del viejo entramado social, desde el binomio capitalista-obrero al simple tendero maragato, en Castelao no era más que indiferencia, cuando no un *wait and see*, como en ese dibujo en el que se preguntaba si el bolchevismo vendría a Galicia hablando gallego, es decir, si la novísima revolución podría o no ser beneficiosa para su pueblo. Esta actitud de ambivalencia expectante era tan impensable en los tradicionalistas como la sarcástica pregunta que Castelao, en figura de demonio, se hacía en otro dibujo -*Este é o mundo que fixo Deus?*- y que no era sino la consecuencia lógica de su implacable rosario de denuncias contra la explotación económica y la marginación social y cultural que sufrían campesinos y pescadores, no sólo por parte del Estado y los caciques, sino también de los curas, hidalgos, rentistas, abogados, médicos e implícitamente de todo poder político o social. Por algo uno de sus sapos sentenciaba: *O home é esclavo do home*.

Esta interiorización de las miserias y los intereses del pueblo trabajador sólo podía convivir pacíficamente con la asunción teórica de determinados postulados del tradicionalismo mientras los hechos no exigiesen derivar de esos postulados las pertinentes consecuencias en la práctica política. Pero la realidad de Galicia y de España empezó a reclamar de todos una concordancia cada vez mayor entre ideas y actuaciones políticas en 1923 y sobre todo a partir de 1930-1931. En el caso de Castelao, el primer aviso de que empezaba a disociarse ideológicamente de sus mentores llegó en 1924, cuando no secundó la efímera colaboración de Risco y Losada con la dictadura de Primo de Rivera, seducidos por la promesa, luego incumplida, de conceder a Galicia una Mancomunidad como la catalana. Lo que en estos era proclividad a cualquier “revolución” desde arriba, en Castelao era desconfianza instintiva para con todo lo que viniese del poder, y más si era un poder centralista y dictatorial. Comienza así su progresivo alejamiento de la derecha nacionalista, aunque esto no salga claramente a la luz durante la Dictadura, que impone un obligado silencio político y promueve la solidaridad entre los galleguistas reprimidos.

La incorporación de Castelao al liderazgo político

La llamada Dictablanda (1930-1931) y la proclamación de la República el 14 de abril de 1931 significaron sendos puntos de inflexión tanto en la evolución del nacionalismo gallego como en la vida del propio Castelao. La mayor tolerancia de la primera a las actividades políticas de la oposición y la instauración de libertades plenas por la segunda permitieron que el nacionalismo gallego, manteniendo las mismas bases ideológicas y programáticas, se reactivase con bastante fuerza, aunque todavía fragmentado en numerosos grupos locales o provinciales deficientemente coordinados entre sí. Por otra parte, la mayoría de sus efectivos en las provincias de Coruña y Lugo habían renunciado a actuar en organizaciones expresamente nacionalistas al converger en 1929 con los republicanos autonomistas de Santiago Casares Quiroga en la formación de la Orga-

nización Republicana Gallega Autónoma (ORGA). No ocurrió lo mismo en las provincias de Pontevedra y Ourense donde los diferentes grupos nacionalistas decidieron retomar el camino iniciado por las Irmandades. Y lo hicieron con bastante éxito creando o recreando una tupida red de agrupaciones locales en la que destacaban la provincial de Ourense con centro en la capital, el Grupo Autonomista Galego (GAG) de Vigo y el Partido Galeguista de Pontevedra (PGP). Y es en esta decisiva bisagra de 1930-1931 cuando nace el Castelao líder político, ahora claramente alineado con la izquierda del nacionalismo, demócrata y filorrepublicana. Su protagonismo fue indiscutible en la fundación del PGP junto con el joven Alexandre Bóveda, así como en la activa campaña de mítines que desarrolló la alianza de ourensanos, vigueses y pontevedreses y que colocó por primera vez al nacionalismo gallego en condiciones de competir con ciertas posibilidades de éxito en los albores de la nueva República.

Y así, en las elecciones a Cortes Constituyentes de 28 de junio de 1931, el nacionalismo gallego presenta dos candidaturas propias. En la provincia de Ourense, el Partido Nazonalista Republicán de Ourense (PNRO), que compite en coalición con dos fuerzas republicanas, consigue escaño para su cabeza de lista, Ramón Otero Pedrayo, del sector católico conservador. Y en la provincia de Pontevedra, Castelao es elegido al frente de la Candidatura Galleguista. Además, dos dirigentes históricos del nacionalismo gallego, Antón Villar Ponte y Ramón Suárez Picallo, salen diputados por Coruña dentro de las listas de la ORGA. Por primera en sus casi cien años de historia el galleguismo político lograba estar representado en Madrid. Naturalmente sus diputados iban al Congreso con un objetivo principal: que Galicia fuese un Estado dentro de la República Federal Española. Pero, como sabemos bien, los partidos mayoritarios, de los que dependía aprobar este o aquel diseño del nuevo sistema político, rechazaron la solución federal por temor a sus consecuencias para la unidad española, habida cuenta del vigor de los nacionalismos catalán y vasco, ambos con fuertes sectores independentistas en su seno. Así que Castelao, como los demás federalistas de los diferentes territorios, tuvo que resignarse a aceptar el Estado Integral que establecía la Constitución de 1931, que no era sino una república unitaria en la que cabía la posibilidad de una autonomía limitada para aquellas “regiones” que demostrasen una fuerte vocación autonomista mediante una iniciativa mayoritaria de sus ayuntamientos y un referéndum final en el que debían votar a favor al menos los dos tercios de su censo electoral.

En suma, el sistema sólo ofrecía el portillo, difícil de abrir en Galicia, de un Estatuto de Autonomía semejante como mucho al que se iba a facilitar a Cataluña para evitar males mayores a la naciente República. Era un nivel de autogobierno muy inferior al que había figurado en los programas del nacionalismo gallego desde 1918. A pesar de ello el conjunto de los galleguistas, Castelao incluido, aceptó con realismo este bien menor y empezó por dotarse de un instrumento eficaz para impulsar o proceso autonómico. Con tal fin todos los grupos nacionalistas existentes se reunificaron fundando el Partido Galeguista (PG) en Pontevedra los días 6 y 7 de diciembre de 1931. Casi todos los nacionalistas que se habían embarcado en la aventura de la ORGA volvieron también a su espacio organizativo natural en pocos meses.

El PG, con las mismas diferencias ideológicas internas que las Irmandades pero ahora aparcadas de momento, supo dotarse de una estructura que combinaba muy bien la democracia interna con una eficaz y disciplinada acción política y demostró ser un excelente motor para la expansión social del nacionalismo. Unos pocos datos permiten calibrar la dimensión de este salto cualitativo. En los cuatro años y medio que separan su fundación de julio de 1936 pasó de unos 750 afiliados a casi 5.000 (bastantes más que los que tenía el PSOE en Galicia en ese momento), de 22 agrupaciones locales a 151, y de 55.000 en junio de 1931 a 119.500 en noviembre de 1933 y 286.000 en febrero de 1936 en el número de electores que incluyeron a uno o varios candidatos nacionalistas en su papeleta.⁷ También fue espectacular el cambio en la procedencia social de los afiliados. La vieja matriz de las clases medias, que había acaparado más del 75% de la afiliación en todas las fases anteriores del galleguismo político desde mediados del siglo XIX hasta 1931, con predominio de profesionales liberales e *intelligentsia* y grupos reducidos de comerciantes y pequeños empresarios, bajaba ahora al 25% (aunque crecía en términos absolutos) y era claramente superada por las clases populares urbanas y rurales, que sumaban más de dos tercios del total (de ellos un 29% de campesinos). Eso sí, la “burguesía” (2%) continuaba casi ausente como siempre.

La naturaleza nítidamente popular que adquirió el PG tuvo su correlato en la ruptura del empate interno entre tradicionalistas y demócratas que había caracterizado a las Irmandades y que tanto había contribuido a su parálisis política. En el PG los segundos se hicieron rápidamente mayoritarios y coparon la dirección, lo que explica en parte su deriva a la izquierda en la política de alianzas a partir de 1934.

La lucha por la autonomía

A pesar de contar, por primera vez, con un excelente instrumento organizativo, el camino hacia la autonomía resultó plagado de obstáculos pues la mayoría de las fuerzas políticas gallegas, desde la derecha a la extrema izquierda, no se caracterizaba precisamente por su autonomismo, salvo la ORGA, pronto rebautizada Partido Republicano Gallego (PRG). En realidad casi todo dependía de ella al principio, pues fue el partido hegemónico en Galicia durante el primer bienio republicano, no sólo por los buenos resultados electorales obtenidos en 1931, sino sobre todo por la incorporación de su líder, Santiago Casares Quiroga, al gobierno de Madrid y por las buenas relaciones que este mantenía con Manuel Azaña, lo que le permitió copar los gobiernos civiles y las comisiones gestoras de las cuatro diputaciones provinciales. En un primer momento, mientras Casares Quiroga andaba ocupado con su ministerio, la ORGA (o mejor, su componente ex-nacionalista) hizo honor a sus compromisos autonomistas convocando a las fuerzas políticas a una asamblea pro-Estatuto que se celebró en Coruña el 4 de junio, bastante antes de las primeras

⁷ En el sistema electoral de la Segunda República las listas eran abiertas y cada elector podía incluir en su papeleta los nombres que quisiese de entre las diferentes candidaturas hasta un 70% del número de diputados a elegir en su circunscripción provincial.

elecciones. Sólo acudieron los interesados en la autonomía, nacionalistas incluidos. Allí se aprobó un anteproyecto de Estatuto basado en el supuesto de una República Federal. Pero después de la formación del Congreso y a medida que avanzaba la elaboración parlamentaria de la Constitución, los entusiasmos autonomistas de la dirección de la ORGA, y muy en especial los de Casares Quiroga, se fueron enfriando. El hecho es que, después de una segunda asamblea pro-Estatuto el 25 de octubre, y una vez aprobada la Constitución, el proceso autonómico gallego quedó paralizado, algo que provocó airadas protestas desde el nacionalismo.

Castelao, una vez cumplido el objetivo de crear el PG, centró todas sus energías, dentro y fuera del Congreso, en reactivar el proceso y contribuyó a que el PG fuese su motor mayor, y a veces el único. Una carta suya al concejal compostelano, conservador pero algo galleguista, Enrique Rajoy Leloup (abuelo de nuestro Mariano Rajoy), consiguió sorprendentemente que las cosas empezasen a moverse de nuevo. Rajoy, explotando hábilmente la idea de que Galicia no podía ser menos que Cataluña y el País Vasco y que todo serían perjuicios para ella si quedaba fuera de esa carrera, fue consiguiendo apoyos en la corporación hasta conseguir que el Ayuntamiento acordase tomar la iniciativa y convocar para el 3 de julio de 1932 en el Paraninfo de la Universidad una asamblea de partidos y fuerzas vivas de la que salió aprobado un nuevo anteproyecto, acorde con la Constitución, y un Comité Central da Autonomía que difundió el texto y abrió un plazo para la presentación de enmiendas por parte de ayuntamientos y organizaciones políticas, sindicales, económicas o culturales. Transcurrido el plazo, se celebró la asamblea de municipios contemplada en la Constitución los días 17 a 19 de diciembre de 1932 en la Facultad de Medicina. Debatidas las enmiendas, a veces en medio de una gran polémica, se aprobó finalmente un proyecto de Estatuto con muchos más votos favorables que el exigido en la Constitución tanto en número de ayuntamientos como en población representada. Sólo el referéndum separaba ya a Galicia de su autonomía.

Pero a partir de este momento se puso de manifiesto que el autogobierno de Galicia ocupaba un lugar muy bajo en la lista de prioridades del gobierno central e incluso en la de los dirigentes de la ORGA-PRG, en la que los cofundadores nacionalistas o ya se habían marchado al Partido Galeguista o pintaban poco. El hecho es que el gobierno, quizá porque no consideraba conveniente que Galicia accediese a la autonomía antes que el País Vasco, cuyo Estatuto estaba empantanado en el Congreso por inconstitucional, nunca encontraba el momento para convocar el referéndum, que iba aplazando con un pretexto o con otro. Y el PG se pasó el año 1933 luchando en solitario por una autonomía que consideraba insuficiente. En este *impasse* llegaron las elecciones de noviembre de 1933 que, como bien sabemos, se saldaron con la clara derrota de las izquierdas y el acceso al poder de gobiernos antiautonomistas de centro-derecha. En esas elecciones el PG perdió sus diputados pero obtuvo en solitario un apreciable número de votos (casi el triple que las candidaturas nacionalistas de 1931 y más que el PSOE en las provincias de Coruña y Pontevedra), con lo que demostró que era un sumando necesario en una futura coalición capaz de derrotar a las derechas.

Entre tanto, la derecha del nacionalismo, descontenta por el carácter laico de la República y alarmada por la agudización de la lucha de clases y por el anticlericalismo de las izquierdas españolas, levantaba de nuevo en el seno del PG la bandera de un confesionalismo católico disfrazado de radicalización nacionalista y se mostraba abiertamente beligerante contra toda alianza que implicase un compromiso con planteamientos, no ya de izquierdas, sino simplemente laicos y republicanos. Castelao, que fue nombrado Secretario Político tras cesar como diputado, y Alexandre Bóveda, Secretario General, capitanearon la resistencia contra esta embestida derechista. La actitud de los gobiernos radical-cedistas les convenció además de que los enemigos del nacionalismo y los de la democracia republicana eran los mismos, por lo que la autonomía de Galicia sería imposible sin el concurso de las izquierdas españolas. Este convencimiento se vio reforzado a partir de octubre de 1934 cuando el gobierno aprovechó la represión de la llamada “revolución de Asturias” (también de Cataluña) para perseguir de paso a los nacionalismos subestatales, aunque no hubiesen participado en ella como era el caso del gallego y del vasco. Castelao fue desterrado a Badajoz y Bóveda a Cádiz en forma de traslado forzoso en su condición de funcionarios.

Durante esta ausencia las tensiones internas fueron a más en el PG. Su dirección, orientada desde la distancia por los desterrados, consiguió en abril de 1935 que la IV Asamblea aprobase por amplia mayoría intentar la alianza con los republicanos de izquierda, pese a la oposición frontal de los católicos. La pugna se saldó con una pequeña escisión por la derecha de la que nació la minúscula Derecha Galeguista de Pontevedra. Desde Badajoz, un Castelao cada vez más escorado a la izquierda ante la horrible realidad social de la España del latifundio que ahora podía contemplar en vivo, refutaba con dureza los argumentos de los escindidos:⁸

Nos eidos da República abrollan todol-os vicios da monarquía. A poda doulles vitalidade. O caciquismo e a inxusticia inzan as terras hispánicas. Hoxe asesinan a un rapaz (o meu primeiro amigo en Badaxoz) que por defender as reivindicacións dos traballadores, co ardimento inexperto da sua mocidade, morre as mans dunha cría do caciquismo reverdecido. [...] Eu creo que ningún galeguista por arredado que se atope de nós, concordará coas forzas reacionarias que campan agora pola Hespaña adiante. Creo que ningún galeguista pode sentir a necesidade dunha caracterización dereitista nestes intres de guerra incivil.

Y consecuentes con la táctica que derivaba de este análisis, Castelao y Bóveda fueron preparando, durante y después de su destierro, la alianza del PG con la Izquierda Republicana de Manuel Azaña, resultado de la fusión de Acción Republicana, el PRG de Casares Quiroga y parte de los radical-socialistas. La condición central del pacto al que finalmente se llegó fue que, en caso de victoria electoral, el nuevo gobierno convocaría sin más dilaciones el referéndum del Estatuto. Pacto y condición que pasarían a principios de 1936 al programa del Frente Popular en Galicia, coalición en la que se integró el PG tras otra tormentosa asamblea y una segunda y también pe-

⁸ “Verbas de chumbo – XI”, *A Nosa Terra*, nº 370, 29 xuño 1935, p. 1.

queña escisión por la derecha, encabezada en esta ocasión nada menos que por Vicente Risco y Ramón Otero Pedrayo.

La apretada victoria del Frente Popular en Galicia permitió al PG obtener tres diputados (Alfonso Castelao, Antón Villar Ponte y Ramón Suárez Picallo) y, lo que era más importante, que los coaligados cumplieran su compromiso respecto de la autonomía gallega. El referéndum se celebró con éxito el 28 de junio de 1936. Una nutrida representación de parlamentarios y líderes gallegos, encabezada por Castelao, se desplazó a Madrid a mediados de julio para entregar el Estatuto al presidente de la República y al del Congreso. Pero la rebelión militar iniciada el 18 de julio bloqueó de momento la tramitación parlamentaria y a la postre haría imposible la instauración efectiva de las instituciones autonómicas previstas.⁹ Al menos, gracias al azar de encontrarse en Madrid, estos delegados salvaron la vida, incluido el propio Castelao

La Guerra Civil: mucha destrucción y algo de resistencia¹⁰

En los primeros días posteriores al 18 de julio de 1936 los partidos agrupados en el Frente Popular en Galicia (PSOE, PG, PCE, Unión Republicana e Izquierda Republicana) intentaron contener la sublevación pero las autoridades republicanas se negaron a entregar armas al pueblo, quizás por temor a lo que pudieran hacer con ellas anarquistas y comunistas. Por tanto, fue muy fácil para militares conjurados, falangistas y monárquicos derrocar a los poderes legítimos tras breves episodios de resistencia. En un par de semanas los “nacionales” controlaron totalmente

⁹ Sobre el nacionalismo gallego durante la Segunda República, Justo BERAMENDI: op. cit., pp. 786-1.074) y Xavier CASTRO PEREZ: *O galeguismo na encrucillada republicana*, Ourense, Deputación Provincial, 1985, 2 vol.

¹⁰ La bibliografía sobre los años de la Guerra Civil en Galicia es relativamente abundante. Vid., entre otros, Xerardo AGRAFOXO: *A Guerra Civil en Lousame e Noia. Testemuñas dunha represión*, Lousame, Concello de Lousame; Xosé ÁLVAREZ CASTRO: *Pontevedra nos anos do medo. Golpe militar e represión (1936-1939)*, Vigo, Xerais, 2013; Xosé CHAO REGO: *La Iglesia en el franquismo*, Madrid, Ed. Punto Crítico, 1976; Xerardo DÍAZ FERNÁNDEZ: *Os que non morreron*, Sada, Ed. do Castro, 1982; Carlos FERNÁNDEZ SANTANDER: *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia (1936-1939)*, Sada, Ed. do Castro, 2 vols, 2000; Emilio GRANDIO SEOANE: “El primer personal político del franquismo en la provincia de A Coruña. Cambio y continuidad de las élites políticas municipales durante la Guerra Civil en la retaguardia nacional (1936-1939)”, en J. TUSELL (ed.), *El régimen de Franco (1936-1975)*, vol. I, Madrid, UNED, 1993, pp. 69-87, e íd.: *Vixiancia e represión na Galicia da Guerra Civil. O “Informe Brandariz” (A Coruña, 1937)*, Sada, Ed. do Castro, 2001; Luis LAMELA GARCÍA: *A Coruña, 1936. Memoria convulsa de una represión*, Sada, Ed. do Castro, 2003, e íd.: *1936, la “Cruzada” en Compostela. La guerra civil y la represión franquista en los documentos policiales y militares*, Sada, Ed. do Castro, 2005; Bernardo MÁIZ VÁZQUEZ: *Galicia na República e baixo o franquismo*, Vigo, Ed. Xerais, 1988; Luis MOURE MARIÑO: *Galicia en la guerra*, Madrid, [s.n.], 1939; Héctor QUIJANO: *Galicia mártir*, Buenos Aires, Virtus, 1938; Xulio PRADA RODRÍGUEZ: *Ourense 1936-1939. Alzamiento, guerra e represión*, Sada, Ed. do Castro, 2004; Isabel RÍOS: *Testimonio de la Guerra Civil*, Sada, Ed. do Castro, 1986; María Xesús SOUTO BLANCO: *La represión franquista en la provincia de Lugo (1936-1940)*, Sada, Ed. do Castro, 1998; Xosé M. SUÁREZ MARTÍNEZ: *Guerra Civil e represión en Ferrol e comarca*, Ferrol, Concello de Ferrol, 2002; José A. TOJO RAMALLO: *Testimonio de una represión. Santiago de Compostela: Julio de 1936-Marzo de 1937*, Sada, Ed. do Castro, 1990; Carlos VELASCO SOUTO: *1936. Represión e alzamiento militar na Galiza*, Vigo, A Nosa Terra, 2006; y VVAA: *A represión franquista en Galiza. Actas do Congreso da Memoria*, Culleredo, Memoria Histórica Democrática, 2006.

Galicia donde, en puridad, no hubo pues guerra civil, aunque sí aplastamiento de una parte inermes de la sociedad por la otra parte.

Ni la rapidez de una victoria prácticamente sin bajas ni el hecho de que en los años anteriores no hubiese habido en Galicia violencia contra las derechas y los curas como en otros territorios indujeron una actitud generosa en los vencedores. Todo lo contrario. Durante el resto del verano y en los años siguientes, los partidarios de la República fueron sometidos a una persecución cruel y sistemática. El proyecto Nomes e Voces del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidade de Santiago ha documentado en Galicia 1.466 ejecuciones de sentencias de muerte en consejos de guerra y 3.233 asesinatos extrajudiciales entre 1936 y 1939, a los que hay que sumar muchos más condenados a penas de prisión. En los primeros momentos el objetivo de los mandos militares fue descabezar al bando contrario. Para ello fueron asesinados, entre muchos otros, los cuatro gobernadores civiles, los alcaldes de Vigo, Santiago, Ferrol, Sarria, Bueu, Lalín y otras villas, los líderes políticos más significados de los partidos coaligados en el Frente Popular y los de sus comités locales de las ciudades y villas mayores, así como los pocos jefes militares leales a la República como el general Rogelio Caridad o el jefe del Arsenal de Ferrol, Antonio Azarola. Después, con el país controlado, se hizo una caza completa de cuadros medios y militantes significados con la ayuda de las milicias falangistas y de las delaciones de algunos curas y de particulares.

Pero la limpieza no se limitó a las izquierdas. Aunque con menos dureza también alcanzó a quienes, aun siendo conservadores y hasta muy católicos, se habían mantenido fieles a la legalidad republicana y no se habían sumado al alzamiento. Estos ni eran ajusticiados ni iban a prisión, pero sufrían ora el destierro con o sin expropiación de sus bienes, ora la depuración administrativa. La “limpieza” a fondo de las administraciones públicas, de los cuerpos docentes y de las empresas consideradas estratégicas, como el ferrocarril, fue fundamental para asentar el nuevo régimen sobre bases totalmente fiables.

Además de las condenas a muerte o a largos años de cárcel se aplicaron de modo sistemático y generalizado un conjunto de castigos “menores” que, sin embargo, fueron muy eficaces para amedrentar a toda la población, para que a nadie se le ocurriese oponerse al régimen político que estaba naciendo. Eran las expropiaciones de bienes, las amenazas de “paseo”, los destierros, las depuraciones de funcionarios, los despidos de las fábricas y los arrestos de días o meses que a veces adoptaban la forma de detenciones y liberaciones reiteradas de la misma persona hasta quebrar su voluntad de resistencia, como las que sufrió el viejo líder obrero compostelano y fugaz irmandiño de primera hora José Pasín Romero.¹¹ Y por último estaban las innumerables multas impuestas por Orden Público a quienes se consideraban desafectos al Movimiento Nacional, en cantidades que oscilaban entre las 50 y las 5.000 pesetas, suma esta enorme entonces si tenemos en cuenta que el sueldo de un empleado medio rondaba las 300 pesetas mensuales. Los motivos también eran muy variables. Podían ir desde tener un familiar condenado o huido a ser denun-

¹¹ Dionisio PEREIRA: *José Pasín Romero: memoria do proletariado militante de Compostela*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2 ed., 2016.

ciado por cualquiera como simpatizante del Frente Popular, no ayudar bastante al esfuerzo de guerra o simplemente sonreír de mala manera al paso de un oficial del Ejército, falta que le costó 250 pesetas al santiagués José Rodríguez.

Desde el principio se ejerció una estrecha vigilancia sobre toda la sociedad. La atenta mirada de policías, falangistas, curas aguerridos y mandos militares no sólo observaba a los sospechosos de republicanismo sino también a personas de derechas y a distinguidos participantes en el Alzamiento que, por no comportarse con el fanatismo y la crueldad exigibles, parecían tibios o condescendientes con el enemigo. Ni siquiera el catedrático universitario Abelardo Moralejo Laso, notorio conservador españolista, se libraba de tener abierta una ficha. Y en la de su colega Luis Legaz Lacambra, nombrado por los militares nuevo Secretario General de la Universidad, aparecía el sambenito de su supuesta inclinación ¡«hacia los sistemas libertarios»!

En la Iglesia gallega apenas hizo falta depurar nada. Enemiga declarada de la República por su laicismo anticlerical, habiendo sufrido ataques y violencia desde la extrema izquierda en otras partes de España, la inmensa mayoría del clero español se apuntó entusiasmado a una rebelión que prometía devolverle, acrecentadas, sus antiguas parcelas de poder y privilegios. Y el clero gallego no fue una excepción. Ya en noviembre de 1936, el arzobispo compostelano Tomás Muniz de Pablos ordenaba a sus sacerdotes que se abstuviesen de expedir certificados de buena conducta o de testificar en juicios a favor de afiliados o simpatizantes de «sociedades marxistas», y ello «sin miramiento alguno y sin atender a consideraciones humanas de ninguna clase». Además sugería esta pauta a las demás diócesis de Galicia, que cumplieron de muy buen grado la indicación. Y en su pastoral de 15 de diciembre volvía por activa esa actitud de colaboración pasiva al afirmar que «Los hijos del Apóstol Santiago estamos empeñados de nuevo en una guerra religiosa por Dios y por la Patria», por lo que «La gracia máxima que todos debemos pedir es la paz de nuestra España por el único medio viable y legítimo que será la victoria del Ejército nacional. ¡Santiago y cierra España! ¡Arriba España!».

Algunos de sus subordinados llevaron al extremo este ardor de cruzados. Destacó en ello el tristemente famoso canónigo compostelano Manuel Silva Ferreiro, cuyo libro, *Galicia y el Movimiento Nacional* (1939), plagado de datos personales del enemigo, fue una preciosa guía para la represión en años posteriores, tanto que hasta su autor, arrepentido de las consecuencias de su obra, intentó retirarla del mercado adquiriendo todos los ejemplares que aún estaban en circulación. Otros eclesiásticos, especialmente los pocos que habían simpatizado con el galleguismo, procuraron, en cambio, amortiguar los golpes de los vencedores dentro del escaso margen de manobra que se les dejaba. Tales fueron los casos de los santiagueses Paulino Pedret Casado y Jesús Carro.

Esta represión sistemática y de una gradación que casi podríamos calificar de “científica” no sólo buscaba destruir hasta la raíz partidos y sindicatos sino sembrar entre la población un terror paralizante que acabase con cualquier voluntad de resistencia en el presente y en el futuro. Y fue muy eficaz porque consiguió plenamente su objetivo durante más de veinte años. De momento era un aviso de lo que le aguardaba a toda España si los sublevados ganaban la Guerra Civil.

Pero la represión, pese a todo, no fue capaz de acabar totalmente con la oposición interior a la dictadura. Algunos consiguieron escapar a la persecución en ciudades y villas. Fueron los *fixidos* (huidos), que se ocultaron en los montes. De aquí nacieron las guerrillas antifranquistas, los *maquis*, pocas y mal organizadas durante la Guerra Civil al contrario de lo que ocurriría durante casi toda la década de los cuarenta.¹²

El nacionalismo gallego: hecatombe y resistencia

Uno de los principales elementos definidores del Alzamiento Nacional, aparte de su carácter socialmente reaccionario y políticamente filofascista, era un españolismo radical y totalmente intolerante, no sólo con los nacionalismos alternativos, sino también con cualquier lengua diferente de la castellana. Galicia fue la primera en comprobarlo. El nacionalismo gallego quedó casi desaparecido en su propia tierra. Fueron eliminados físicamente la mayor parte de los dirigentes que habían apoyado la entrada del PG en el Frente Popular y se encontraban en Galicia: el secretario general, Alexandre Bóveda, y su segundo, Víctor Casas; los alcaldes de Santiago, Ánxel Casal, y Bueu, Johan Carballeira; el líder del minoritario sector socialista del nacionalismo, Xan Xesús González; y hasta figuras de mentalidad conservadora y sin responsabilidades políticas pero muy conocidas como el pintor y diseñador Camilo Díaz Baliño, al que encerraron en los calabozos municipales de Santiago y luego lo soltaron para que lo pasearan los falangistas que le estaban esperando a la salida. A ellos hay que sumar periodistas (Roberto Blanco Torres), secretarios municipales (Arturo Noguero, Xaquín Martín Martínez), dirigentes locales (Xosé Antonio Suárez Picallo en Sada, Segundo García en Valdeorras, César Parapar y Xavier Soto en Viveiro, Manuel Rodríguez Castelao en Rianxo) y un buen puñado de simples militantes hasta un total de cerca de ochenta. Unos 125 sufrieron penas de prisión y, por supuesto, todos los que eran funcionarios fueron sometidos a expedientes de depuración que, en la mayoría de los casos, se saldaron con la expulsión. No faltaron tampoco los destierros, como el que recayó sobre Plácido R. Castro. Más de una de las jóvenes promesas del nacionalismo escaparon de milagro de los escuadrones de la muerte en las primeras semanas y tuvieron luego que enrolarse en el ejército franquista para salvar la vida como Ramón Piñeiro, Francisco Fernández del Riego o Ricardo Carballo Calero, que después harían de puente con el galleguismo de posguerra. Y algunos, pocos, pasaron a la clandestinidad y se enrolaron en los maquis.¹³

¹² Hermut HEINE: *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Vigo, Xerais, 1982; Aurora MARCO LÓPEZ: *Mulieres na guerrilla antifranquista galega*, Santiago de Compostela, Laivento, 2011.

¹³ Vid. Uxío Breogán DIEGUEZ CEQUIEL: *Nacionalismo galego aquí e alén mar. Desarticulación, resistencia e reorganización (1936-1975)*, Santiago de Compostela, Laivento, 2015; José A. DURÁN: *Camilo Díaz Baliño. Crónica de otro olvido inexplicable*, Sada, Ed. do Castro, 1990; Xosé Ramón ERMIDA MEILÁN: *Mortos por amor á Terra. A represión sobre o nacionalismo galego (1936-1950)*, Santiago de Compostela, Sermos Galiza, 2016; Miguel Anxo FERNÁN VELLO y Francisco PILLADO: *Conversas en Compostela con Carballo Calero*, Santiago, Ed. Sotelo Blanco, 1986; y Francisco FERNÁNDEZ DEL RIEGO: *Anxel Casal e o libro galego*, Sada, Ed. do Castro, 1983.

La minoritaria ala derecha del nacionalismo recibió tratamientos diferentes. Los que se habían mantenido dentro del Partido Galeguista, aunque discreparan públicamente del viraje a la izquierda, fueron depurados administrativamente, como Ramón Otero Pedrayo y Antonio Fraguas, separados de sus cátedras. En cambio, quienes se habían escindido previamente y después del 18 de julio abjuraron de su nacionalismo y apoyaron el Alzamiento fueron respetados e incluso premiados. Y así, Vicente Risco, el que había sido ideólogo mayor de las Irmandades da Fala en los años veinte pero escindido del PG en febrero de 1936 con su Dereita Galeguista para no mezclarse con el Frente Popular, conservó su cargo de director de la Escuela Normal de Ourense hasta su jubilación. Y Xosé Filgueira, también escindido por la derecha en 1935 con un pequeño grupo, llegó a acumular cargo tras cargo en la Pontevedra de los cincuenta: director del Instituto de Enseñanza Media, del Museo provincial y del Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, presidente del Tribunal Tutelar de Menores, procurador en Cortes y alcalde de la ciudad. El resultado de todo esto en Galicia fue, al menos de momento, el desmantelamiento total del nacionalismo gallego por aplastamiento, como ocurrió con todas las demás fuerzas políticas partidarias de la República.

No puede decirse lo mismo de los escasos nacionalistas que estaban fuera de Galicia el 18 de julio. Los diputados que se encontraban en Madrid, los que ocupaban cargos políticos en diferentes lugares de España o los pocos que consiguieron pasar de la Galicia sometida a la España republicana se mantuvieron políticamente activos ayudando en todo lo que pudieron a la lucha contra el franquismo, en la que por cierto colaboraron estrechamente con los comunistas, a través de los gallegos Enrique Líster y Santiago Álvarez, fuese en las filas de la Milicia Gallega, fuese en publicaciones como *Nueva Galicia*, fuese aceptando diversas misiones encargadas por el gobierno republicano. Algunos murieron en el empeño, como el coruñés Carlos Monasterio, caído en el frente, o el pontevedrés Enrique Peinador Porrúa (hijo de Enrique Peinador Lines, dueño del Balneario de Mondariz y destacado miembro del PG), que participó en la organización de las Milicias Gallegas, fue fiscal de la República y acabó condenado a muerte y ejecutado en 1940.¹⁴

En ese esfuerzo pro-República destacó Castelao. Las noticias de las atrocidades cometidas por los insurrectos en Galicia pusieron de nuevo en movimiento su lápiz, algo inactivo en sus años de liderazgo político. Un Castelao furiosamente antifascista nos legó tres series de grabados (*Galicia mártir*, *Atila en Galicia* y *Milicianos*) que son otros tantos alegatos estremecedores contra la barbarie de los “nacionales”. Pero su contribución a la causa de la República no se limitó a esto. También colaboró con las revistas y las actividades de los gallegos que combatían a las fuerzas de Franco, incluidos los comunistas. Además cumplió el encargo del gobierno republicano recorriendo durante más de dos años la URSS, Cuba y Estados Unidos en misiones de propaganda y de recogida de fondos. Y aún tuvo tiempo para seguir luchando por la autonomía gallega. Gracias a su insistencia, el Congreso, en su última sesión en la Península, celebrada en Montserrat camino

¹⁴ Vid. Santiago ÁLVAREZ GÓMEZ: *Memorias*, Sada, Ed. do Castro, 3 vols., 1985-1990; Alfonso Daniel R. CASTELAO: *Sempre en Galiza*, Buenos Aires, As Burgas, 2ª ed, 1961; y Xosé Ramón ERMIDA MEILÁN: op. cit..

del exilio, tomó en consideración el Estatuto gallego, primer paso de su tramitación parlamentaria.

El exilio

Aparte de algunos que permanecieron en Francia, la mayoría de los nacionalistas exiliados se afincaron en las principales colonias de emigrados (La Habana, Buenos Aires, Montevideo y en menor medida México y Nueva York) en busca de un cobijo que les permitiese reorganizar sus vidas y también reiniciar su actividad nacionalista. En este sentido, el núcleo más importante fue sin duda Buenos Aires, donde existía además una base nacionalista bastante consolidada desde los años veinte, aunque dividida entre una tendencia separatista (agrupada en la Sociedad Nazionalista Pondal y su revista *A Fouce*) y otra federalista y más afín a los republicanos, que en consecuencia sintonizaba con la línea dominante en Galicia. Por otra parte, los nacionalistas competían por la hegemonía política con los republicanos dentro de la Federación de Sociedades Gallegas.

A Castelao el final de la Guerra Civil le sorprendió en Nueva York, con 53 años y sin dinero. Tras unos meses en los que intentó sin éxito abrirse camino en Estados Unidos, decidió finalmente afincarse en Buenos Aires, junto a su gente. Su llegada fue muy importante para reorganizar y revitalizar el nacionalismo gallego en el exilio. Procuró acabar con las diferencias internas primero en el Grupo Galleguista y después en el seno de su sucesora desde 1941, la Irmandade Galega, que reinició en 1942 la publicación de *A Nosa Terra*. Pero en realidad, las discrepancias internas persistían, dobladas ahora por la rivalidad más o menos soterrada entre los líderes preexistentes del galleguismo porteño y los dirigentes exiliados. A pesar de ello, el nacionalismo gallego se mantuvo bastante activo en la década de los cuarenta y dejó para el futuro algunos hitos y acciones que por lo menos aseguraron su supervivencia futura y la recuperación de la autonomía. Y en todo esto fue fundamental la infatigable actividad de Castelao en varios frentes.

Citemos en primer lugar el más sorprendente, el ideológico. Con su obra *Sempre en Galiza*,¹⁵ Castelao elabora un completo testamento político-ideológico de todo el nacionalismo de anteguerra, que hará de puente y punto de partida del resurgir de los años sesenta. En segundo lugar, promueve en 1944 la constitución del Consello de Galiza para, a falta de ese gobierno gallego que no había dado tiempo a formar, disponer de un instrumento político que, por agrupar a todas las fuerzas gallegas antifranquistas, presionase con eficacia en favor de una III República federal tras la caída de Franco, caída que se consideraba segura después de la derrota de los aliados. Sin embargo, la creciente frialdad autonomista del republicanismo gallego y español, junto con la hostilidad antinacionalista del PSOE, dieron lugar a un órgano poco representativo y en consecuencia débil. En efecto, sólo se integraron en el Consello los tres diputados vivos del PG (Castelao, Suárez Picallo y Alonso Ríos) y dos de Izquierda Republicana (Elpidio Villaverde y Alfredo So-moza), con lo que en la práctica este organismo fue sólo una apoyatura bastante partidista de la

¹⁵ Alfonso Daniel R. CASTELAO: *Sempre en Galiza*.

acción individual de Castelao, empeñado en que Galicia no fuese ignorada en el concierto de las fuerzas políticas en el exilio. Al menos consiguió una efímera presencia en el gobierno Giral en París, experiencia frustrante de la que volvió a Buenos Aires con una valoración pésima de los partidos de ámbito español.

En tercer lugar se esforzó por revitalizar la alianza Galeuzca, empeño en el que sólo contó con el apoyo decidido del lehendakari Aguirre, convencido también de su utilidad. Pero el único fruto tangible de este intento fue la publicación de una revista del mismo nombre en Buenos Aires durante algo más de un año. Y por último siguió presionando todo lo que pudo para completar la tramitación parlamentaria del Estatuto, algo que finalmente consiguió en la sesión que las Cortes en el exilio celebraron en México en 1945. Fue su única victoria política. Y con consecuencias de futuro, pues reforzó la equiparación de Galicia con Cataluña y País Vasco, algo que reconocería la Constitución de 1978 y que facilitaría en la Transición el acceso de Galicia a la autonomía de primera por la vía rápida.

Pero el presente no pintaba bien. La constatación de que los aliados iban a respetar el régimen de Franco tras el fin de la Segunda Guerra Mundial marcó el comienzo del declive del nacionalismo gallego en el exilio. La muerte de Castelao en 1950 contribuyó a acelerarlo.